

RESEÑAS

SISKIND, JANET . To Hunt in the morning
(Cazar por la mañana). Oxford University
Press. New York, 1973. 214 p.

Las etnografías de grupos indígenas de la Amazonía son lamentablemente pocas, sobre todo si aplicamos un filtro de confiabilidad, objetividad y sensibilidad frente a la teoría antropológica moderna. No cabe duda que esta escasez guarda relación con las dificultades que existen para realizar una larga estadía en un pueblo selvático y las dificultades previas que implica ganar un nivel respetable de competencia en el idioma respectivo. La antropología peruana, a diferencia (en otro extremo) de la inglesa, no ha sido muy dada a un estilo de trabajo que implicara una relación prácticamente de por vida con un grupo étnico y con su lengua, y en la cual el/la antropólogo/a se planteara la tarea de hacer sucesivas aproximaciones a una cosmovisión y un ordenamiento sociopolítico radicalmente diferentes de los suyos.

Todavía más excepcional es que una etnografía sobre la Amazonía ofrezca una visión rica y balanceada del significado del género en estas sociedades. Prematuramente—sin que hayamos llegado a definir cuáles tendrían que ser los ejes del debate—las relaciones entre hombres y mujeres en las sociedades amazónicas se han vuelto un tema de enorme controversia. Influye en eso la percepción que tienen diversos representantes indígenas de que ellos, al igual que otros pueblos autóctonos del mundo, son vistos

como el próximo blanco de feministas occidentales decididas a trasladar a tradiciones culturales ajenas la política sexual propia de la suya, contando en su favor con un amplio acceso a los medios internacionales de comunicación y la fuerza de las leyes de equidad en sus países de origen.

En este contexto el libro de Janet Siskind, *To Hunt in the Morning* (Cazar por la mañana), resulta un pequeño milagro. Siskind, antropóloga formada en la tradición clásica, hizo tres temporadas de trabajo de campo entre los Sharanahua del Río Purús, a poca distancia de la frontera con Brasil en el sur del departamento de Ucayali. Estuvo 6 meses a partir de agosto de 1966, una segunda temporada en 1968 y otra en 1969. Tristemente, su libro, publicado hace 20 años, todavía no ha sido traducido al español ni es mayormente conocido por los científicos sociales y otros interesados nacionales —principalmente, los mismos pueblos indígenas—.

Un primer atractivo de *Cazar por la mañana* es la frescura y naturalidad con que está escrito. Pocos estudiosos son tan francos respecto a la realidad del trabajo de campo: los momentos de aburrimiento, de frustración, las reacciones de los miembros del grupo frente a la antropóloga, las malas relaciones con una u otra persona, las mentiras que resultan necesarias; por un lado, para permitir que los estudiados reserven siempre una parte de su privacidad y, por el otro, para que la antropóloga pueda tender una barrera cuando la requiera para manejar su situación marginal entre dos mundos. Dejando constancia que nunca participó con las mujeres en su trabajo en las chacras, pese a que ésta es una actividad central para el sexo femenino, Siskind se interroga acerca de sus propias reticencias (el calor, los insectos, la ambivalencia que sintió

frente al aprendizaje de las habilidades que hubiera necesitado para vivir entre los Sharanahua como una más de ellos). Concluye, sin embargo, que más pesaban las resistencias de las mujeres frente a la incorporación en este trabajo de alguien que no fuera una pariente cercana.

Siskind tampoco pudo conocer de primera mano lo que absorbía la mayor parte de la atención de los hombres sino la mayor cantidad de su tiempo: la caza. Aunque llegó a tener un alto grado de confianza con algunos de ellos, cuando accedieron a sus pedidos de enseñarle la caza, las mujeres le aconsejaban: si vas, te violarán. Irónicamente, la amenaza de que los hombres aplicaran el castigo tradicional a su transgresión del tabú que prohíbe la presencia de mujeres en la caza, deviene en una prueba de la compenetración que Siskind logró con los Sharanahua del pueblo de Marcos.

Siskind fue a Marcos con la intención de organizar su etnografía alrededor de la mitología y la religión de esta etnia. Sustituyó la caza como punto de enfoque luego de constatar la central importancia que tenía para los habitantes de la aldea. Los Sharanahua habitan una zona interfluvial donde, como grupo poco numeroso, parecen haber sido arrimados en tiempos recientes. Al igual que otros pueblos amazónicos cuya base alimenticia —juzgada de acuerdo al aporte calórico de distintos alimentos— es la agricultura y la recolección; ellos sin embargo asignan mayor prestigio a la actividad masculina de la caza. La caza no sólo trae un alimento especialmente valorado, sino que sirve como punto de partida para una serie de elaboraciones tanto a nivel simbólico como en las prácticas sociales.

Siskind analiza detenidamente las normas y las ideas que rodean la división genérica del trabajo en la subsistencia Sharanahua. La agricultura es una actividad

de las mujeres (aunque los hombres viejos pueden tomar interés). Las mujeres, acompañadas de sus hijas y hermanas, van casi diariamente a sus chacras para realizar el cultivo y para recoger la yuca que servirá para el consumo del día. La pesca, en cambio, puede ser desempeñada por hombres o mujeres alternativamente. Sin embargo, especialmente cuando se planea pescar en un lugar o una época de abundante cosecha, hombres, mujeres y niños parten en canoas, organizados *grosso modo* en grupos familiares, y regresan de tarde trayendo el producto del esfuerzo de todos.

Los hombres salen a cazar cada dos o tres días. No todos son buenos cazadores; algunos lo hacen bastante mal, regresándose frecuentemente sin siquiera un mono. Otros son simplemente flojos, especialmente los jóvenes solteros o los que recién se han unido a la unidad doméstica de sus esposas. El compromiso de estos últimos con el matrimonio y con la obligación de proveer de carne a sus parientes afines puede ser todavía débil. En un episodio en que las mujeres fueron llamadas para ayudar a cargar las presas de regreso a la aldea después de una caza excepcionalmente exitosa, Siskind registra la enorme incomodidad de tener que navegar en fila por una senda en el bosque, con los piés hundiéndose en el fango que habían dejado varios días de lluvia, imposibilitada por el bulto de defenderse de las picaduras de los insectos.

Vista así de cerca en por lo menos una de sus fases, la caza tiene poco del romanticismo que a veces se le atribuye. Con cierta frecuencia los hombres tienen que ser estimulados para salir a cazar. Las mujeres organizan una "caza especial", que trae la promesa después de juegos, de abundante comida y encuentros sexuales fuera de los lazos del matrimonio.

Sin embargo, la caza es prestigiosa porque la unidad doméstica del buen cazador se mantiene provista de carne que puede ser repartida a otras unidades domésticas emparentadas. Así se cimientan relaciones de intercambio recíproco que pueden ser activadas para diversos propósitos. El plato de yuca sancochada que ofrece una mujer, también sirve para iniciar o reforzar una relación de intercambio, pero no tiene los mismos alcances en este sentido como los productos de la caza.

Más aun, en la ideología Sharanahua, la carne sirve para obtener una esposa (o una amante). Esto se constata en el hecho de que los únicos hombres que pueden realizar matrimonios poligámicos son los que cazan con empeño y con éxito. Ellos pueden establecer unidades domésticas de un tamaño considerable, contando eventualmente con el apoyo y la asistencia de múltiples yernos. Dado que algunos hombres tienen dos o tres esposas, y que muchas veces son precisamente las mujeres jóvenes y más codiciadas quienes entablan matrimonios poligámicos, las mujeres son percibidas por los hombres como escasas. Además, la organización social de los Sharanahua acata un sistema de mitades (implícitas, no nombradas) en el cual todas las mujeres clasificadas como "hermanas" o "madres" están prohibidas bajo el tabú de incesto.

Los Sharanahua son patrilineales pero siguen una regla de residencia uxori-local. En un patrón que es común a toda la región amazónica, el matrimonio sobreviene para la mujer a una edad muy temprana. No implica, sin embargo, grandes cambios para ella en lo que se refiere a sus actividades diarias, ya que continúa como miembro de su familia de origen, cumpliendo al lado de su madre, tías y hermanas las tareas que venía practicando desde pequeña.

Para el varón, en cambio, el matrimonio significa trasladarse a otra unidad doméstica y muy posiblemente a otra aldea. Si bien se extrae momentáneamente de la rivalidad con sus hermanos (biológicos y clasificatorios), que buscan esposas en la misma mitad que él, el matrimonio lo coloca en una posición estructuralmente débil. Tiene que probarse como yerno y como proveedor, encontrar su lugar en la jerarquía de los hombres adultos y procurar que su matrimonio perdure. El drama para los varones, entonces, es doble: competir entre ellos por mujeres y vivir en medio de "extraños".

Siskind demuestra cómo las contradicciones del rol masculino son representadas en los mitos Sharanahua, que constituyen, tal como sugirió Malinowski, la carta magna fundamentadora del tabú de incesto, su extensión al sistema de mitades y las prácticas matrimoniales vigentes. Ciertos ritos sirven para sustentar la solidaridad masculina a contrapelo de una realidad atravesada por importantes elementos de competencia y desconfianza. Los hombres toman ayahuasca juntos y se ayudan para interpretar las visiones que les trae. Y los hombres forman un frente de solidaridad masculina en ocasiones como la caza especial, que dramatiza la oposición y simultánea interdependencia entre su género y el género femenino.

Con la interpretación que Siskind ofrece de esta dinámica, nos da una llave para entender porqué las relaciones de género en las sociedades amazónicas son un tema sujeto, prácticamente, a un tabú propio. No se trata del peligro de que se constaten situaciones de abuso o discriminación de las mujeres, ni que se difunda la presencia de matrimonios forzados y poco felices o de prácticas de mutilación genital. De la región africana donde la infibulación, cliterodectomía y circuncisión son bastante frecuentes, sabemos que son las personas mayores quienes

más fuertemente apoyan la perpetuación de estas prácticas en los jóvenes de su propio sexo. El caso parece reflejar una lucha entre generaciones antes que géneros por determinar los marcadores de la pertenencia cultural.

Los esfuerzos por desviar la atención del tema de género en las sociedades amazónicas, en cambio, responden a otros motivos. Las relaciones entre hombres y mujeres están imbricadas con las relaciones políticas entre los hombres; forman parte del sistema político. Aun antes de que se ampliaran los vínculos entre las sociedades amazónicas y la sociedad dominante, los hombres ocupaban distintas posiciones en el tablero de cada grupo local, tal como se demuestra con detalle y elegancia para el caso de los Sharanahua. Hoy se produce un grado importante de diferenciación entre ellos: algunos se proyectan en roles de liderazgo indígena nacional y hasta internacional; otros encuentran una base de poder en la burocracia gubernamental local, los partidos políticos, algún proyecto de desarrollo o una organización no gubernamental; y otros pocos encuentran el éxito en actividades comerciales cuya moralidad resulta ambigua desde la perspectiva de la cultura tradicional.

Como es claro, las nuevas diferencias de status no siempre encuentran sustento en la organización política tradicional, en la que las alianzas matrimoniales jugaban un papel central, ni en la ideología predominantemente igualitaria. En estas condiciones, aludir a las relaciones entre hombres y mujeres amenaza con destapar el tema de los cambios que se están produciendo en las relaciones políticas masculinas en cada etnia. Esta posibilidad resulta demasiado tensionante, especialmente en momentos en que las sociedades amazónicas están bajo asedio en múltiples frentes.

El estudio de Siskind nos entrega un invaluable aporte final. Nuevamente mostrándose una etnografía excepcional, el informe se plantea en tres diferentes tiempos, aparte del tiempo mítico que es traído a colación en distintos momentos. Está el pasado, cuando la mayoría de los adultos de Marcos vivieron en la maloca al otro lado de la frontera brasileña. Está el presente, con la diaria preocupación por la subsistencia, la socialización de los hijos y la compleja dinámica de relaciones entre hombres y mujeres, adultos y jóvenes. Y está lo que Siskind proyecta como el probable futuro de la comunidad de Marcos y sus varias decenas de habitantes.

Los "peruanos" constituyen una pesada presencia para los Sharanahua. Llegan a la aldea en la forma de comerciantes que traen concepciones anteriormente inimaginables sobre las reglas que ordenan los intercambios entre las personas. Están también en el pueblo ribereño más cercano, irónicamente llamado Esperanza. Cuando los Sharanahua van a Esperanza son tratados como indios que pueden ser ordenados a realizar cualquier mandato que pide el mestizo. Por eso, y porque los Sharanahua sienten miedo frente a la imposibilidad de comprender a los "peruanos", van poco a Esperanza y evitan quedarse la noche.

Pero al mismo tiempo son atraídos por los bienes que traen los comerciantes y por el nexo que representan con un enorme país desconocido que tiene puntos tan lejanos como Pucallpa. Siskind señala que los Sharanahua conservan todos los conocimientos y habilidades esenciales para asegurar su subsistencia sin necesidad de los bienes manufacturados que, a precios despiadadamente inflados, los comerciantes les dan a cambio de valiosas pieles de jaguar y tigrillo. Sin embargo, duda si ese será el camino que escogen.

En este sentido, el título que Siskind le dio a su libro resulta triplemente apropiado. Alude a la lírica descripción que, en *La ideología alemana*, Marx y Engels hacen de la vida primitiva: la vida que ofrece la posibilidad de "cazar por la mañana, pescar en la tarde, criar ganado luego y ejercer la crítica literaria después de la cena". La integralidad de esta vida es lo que los Sharanahua están en peligro de perder. Entretanto, la caza ocupa un lugar central en su actividad y en su ideología. Ordena de modo especial, como hemos visto, las relaciones de género. El excepcional talento de Siskind como etnógrafa y como informante sobre su vivencia con los Sharanahua nos ha permitido apreciar el significado de "cazar por la mañana" en estas tres dimensiones.

Jeanine Anderson
Antropóloga